

traban los isleños con los cadáveres de ambos príncipes, y á los cuales aun estaban profanando, dándoles golpes con sus remos.

Llegaron á ellos los sacerdotes y ofreciéndoles el collar y los plumajes, les pidieron los cadáveres de sus soberanos, diciéndoles ya estaba satisfecho su rencor sobradamente con la alevosa muerte que les habían dado.

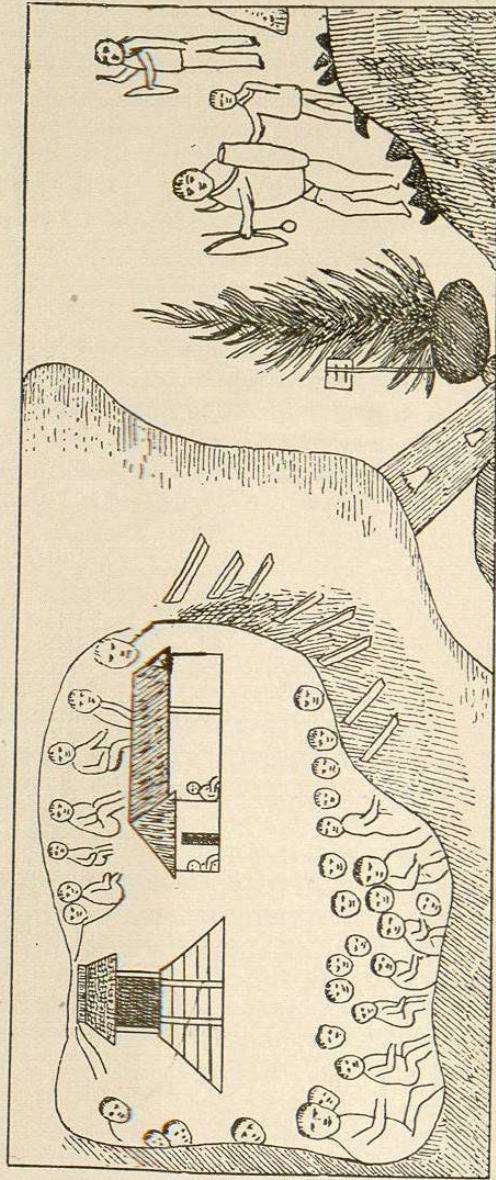
Los isleños se disculparon del cargo y aun rechazaron el obsequio, afirmando que ellos en nada eran responsables, que antes bien les habían quitado los cuerpos de sus señores, á quienes, después de haberlos matado, se los llevaban los de *Cuiringuaro* á su pueblo. Acabaron por aceptar el don, y los sacerdotes trajeron á *Pátzcuaro* los despojos mortales de sus príncipes, al asiento de los *cués* (*Petazécua*), «y allí los quemaron, tañeron las trompetas y pusieron las cenizas en ollas, y después en las ollas, por de fuera, pusieron dos máscaras de oro y collares de turquesas, y ataviáronlas muy bien, y pusieron plumajes verdes á los bultos, todo lo cual inhumaron en el mismo sitio al son de sus trompetas.»

III.

Se ha dicho ya que *Pavácume* tuvo un hijo llamado *Tariácuri*, y cuando aquél fué asesinado «aun no andaba con fuerza y era chiquito.» *Veápeani* dejó dos hijos cuyos nombres eran *Zétaco* y *Arámen*, y de mucha más edad que su primo. La conducta de éstos era de lo peor, pues siempre andaban emborrachándose y en el más completo libertinaje. Parece que debido á ello nunca llegaron á tener la jefatura de los de su raza, á la que estaban llamados por las leyes y costumbres.

Los sacerdotes *Chupitani*, *Nuritán* y *Tacacua* gobernaban á los tarascos sin perder de vista á *Tariácuri*, á quien incesantemente aconsejaban y enseñaban, recordándole la manera infame como su padre había perecido, para excitarlo á la venganza. Entre tanto los excesos de los hijos de *Veápeani* habían llegado al colmo, por lo que los sacerdotes dichos les suplicaron se retirasen á *Vacañabaro* y les dejaran á *Tariácuri*, para entenderse ellos del todo con su educación. Condescendieron aquellos con tal de poder tener cuanto necesitasen para satisfacer sus vicios, y el niño pasó á poder de los sacerdotes. Se dedicaron éstos con todo empeño á

LÁMINA IV.



educarle, procurando sacar de él, no sólo un gobernante valiente, sino también religioso. A diario iba *Tariácuri* á traer leña para los *cués*, y cuando fué de más edad, comenzó á poner en práctica las ceremonias é invocaciones que ellos acostumbraban hacer á sus dioses para obtener la victoria contra sus enemigos.

Consistían aquellas en colocar haces de leña, y sobre ellos una flecha «que era la señal de guerra.»

Lo hizo así en *Yónguan*, en *Huricuamacurio*, por rumbo opuesto; en *Yavaticuiro*, *Vanitaychacurio*, *Camémbaro*, *Xaramuto* y *Aterio*, lugar situado en la margen del lago.

Junto á este lugar tenían establecidos los isleños una gran sementera, casas y pesquería, viviendo muy confiados; pues el estado de inercia en que cayeron los tarascos después del asesinato de sus señores, les daba seguridades de paz. Grande fué, por lo mismo, para ellos la sorpresa que les produjo la gran humareda que la ofrenda de *Tariácuri* llevó hacia ellos. Sin reflexionar ni pensar en defenderse huyeron todos de aquel lugar, dejando su hacienda y muebles domésticos é internándose á las islas.

Siguió *Tariácuri* en su tarea político-religiosa y fué á hacer su ofrenda y reto á los lugares llamados *Zirimbo* y *Chutio*, en los que aconteció cosa igual á lo referido. En *Xanoatahucatzio* hizo otro tanto y ahuyentó á los moradores de *Pareo*, después á los de *Charahuen* y *Haramútaró*, llegando, finalmente, hasta *Cuiristucupachao*, desde donde se distinguían perfectamente la isla de *Xarácuaro* y *Cuyámeo*.

Perfectamente vieron la ceremonia los habitantes de esa isla, y un terrible pánico se apoderó de ellos; gritaban los muchachos, las mujeres tomaban en brazos á sus hijos y los varones se mostraban sin valor ni energía.

En todas estas operaciones acompañaba á *Tariácuri* un número competente de guerreros, y con ellos puso apretado cerco á la isla de *Xarácuaro*.

LÁMINA 4.^a

El dibujante indio, en su pintura que conmemora este acontecimiento, nos muestra la isla de Xarácuaro con su elevada yácata y una gran casa, quizá el palacio (yrechécuaro) de Curícaten; numeroso grupo de personas están en las orillas de la isla, en la que se ven atracadas varias canoas vacías, y ellos contemplan la fogata que entre el lago y un montecillo ha formado Tariácuri.